

## NAVARRA MONUMENTAL

# EL MONASTERIO DE LA OLIVA

POR NESTOR DE GOICOECHEA Y ARALUCE

El claustro fue durante todo el tiempo de las edades cristianas la universidad que nos legó la sabiduría que poseemos. Cuando el antiguo reino de Navarra poseía la representación genuina y fiel de su existencia política y la época de su gloria y de grandeza brillaba en los monasterios, lugares benditos donde se acogen las ciencias y las artes, el saber humano irradiaban desde los cenobios que guardaban, cual oro en paño, el recuerdo de su poderío y grandeza.

Entre los grandes edificios monásticos que atestiguan la piedad e importancia del Estado navarro en la edad media, descuella por su grandeza arquitectónica el majestuoso Monasterio de la Oliva. En la parte oriental del antiguo reino, en término de la villa de Carcastillo, a cuya jurisdicción pertenece, fundólo en el año de 1134, el mismo de su coronación, D. García Ramírez, el Restaurador, siendo, por lo tanto, uno de los más antiguos cenobios cistercienses establecidos en la península, puesto que cuando se creó vivía aún el gran San Bernardo. Confina con el renombrado lugar de Bardena, hoy en período de regadío por las aguas que retiene la presa de Yesa, con derecho a pasturaje, carboneo, roturaciones, siembra y cuantos beneficios pueda otorgar estos terrenos, antiguos bosques, de gran belleza, hoy casi despoblados.

Siguiendo la mano maestra de aquel gran patricio arquitecto Don Juan de Iturralde, que tanto amó a su idolatrada Navarra, diremos que aquel monarca hizo donación del lugar de Enzisa (topónimo indígena), hoy desaparecido, con sus términos y diezmas, al abad del monasterio de Scala-Dei, para que construyese una abadía de su orden; vino con ese objeto el monje Bertrando, destinado a ser el primer abad del futuro cenobio, acompañado de dos religiosos más. Confirmóles D. García su donación aumentándola con la iglesia e imagen de Nuestra Señora de La Oliva, el palacio real contiguo, el molino, huerto, viñas, olivares, pechas y otros bienes que el Rey poseía en aquel lugar, con muchas reliquias de santos. Gran diligencia se desplegó y el 28 de Noviembre del mismo año los monjes llegados comenzaron a celebrar los divinos oficios en la mencionada iglesia de La Oliva, con cuyo nombre había de ser conocido el célebre monasterio, cuidando exclusivamente de su dirección y administración, de modo que la comunidad se componía seis años más tarde de once monjes.

Aquella mansión real es hoy un vergel simpático, un paraíso atrayente y un manantial de prosperidad, riqueza y sosiego que hacen olvidar los reveses su-



Fachada principal del Monasterio de La Oliva desde el interior del recinto monacal.

(Foto F. Ripa)

fridos por guerras y desamortizaciones. La paz reina bajo las bóvedas de su imperial señorío.

El fundador Bertrando fue abad durante cuarenta y dos años. Dio principio a la creación del gran monasterio a costa del rey D. Sancho el Sabio, obteniendo también para el nuevo cenobio la villa de Carcastillo. Es digno de notarse que a pesar de la guerra existente entre Navarra y el rey D. Alonso II de Aragón, le cedió éste la villa de Figarol.

Treinta y cuatro años más tarde, reinando Sancho el Fuerte, terminóse la nueva iglesia. Es de tres naves; las ventanas de la central son de ajimez, de dos y tres parteluces y las de las laterales, abocinadas, anchas en lo interior y angostas como saeteras en el exterior. Este monumento que sobrepuja en dimensiones a muchas catedrales es sobrio, de arcos torales y cruceros robustos, columnas adosadas a muros y pilares, esbeltas por su elevación, y los capiteles que las coronan, sencillos pero de elegante corte. El presbiterio es dos tramos; los ábsides cinco, provistos de ventanas. La fachada vasta y robusta en la que se trabajó en los siglos XII, XVI y XVII; ostenta una gran portada, tímpano sencillo que tiene por todo adorno un curioso y complicado monograma de Cristo.

La sillería del coro, hecha en el siglo XV siendo abad D. Pedro de Eraso, era de encina y fue reemplazada por otra de nogal compuesta de ochenta y dos sillas talladas.

Del altar mayor primitivo sólo se sabe que las preciosas reliquias que poseía se conservaban en él encerradas en un arcón claveteado de oro. Poseía dos órganos, dos sacristías, cuadros, diferentes objetos de arte y varios sepulcros mo-

humentales con interesantes esculturas y pinturas murales. Parece ser que uno de ellos era el del mariscal D. Felipe de Navarra, que en 1480 y a corta distancia del monasterio fue víctima del Conde de Lerín.

Encerraba el monasterio de La Oliva un notable archivo perfectamente conservado, donde se guardaban bulas de los pontífices desde el año 1152, donaciones de reyes y particulares y documentos interesantes para la historia y el arte. Tenía también una hermosa biblioteca instalada en un salón de bóveda semiesférica, provista de calefactorio, manuscritos, incunables y opúsculos rarísimos.

A pesar de que todo lo que encierra el monasterio es de aspecto monumental, lo más bello y poético, aunque no lo más grandioso de este gigantesco cenobio, es su claustro procesional. Bajo el reinado de Sancho el Fuerte y gobernando la comunidad cisterciense el abad D. Aznario de Falces, comenzó su construcción, así como la de su sala capitular que por su elegancia llamose LA PRECIOSA.

Este claustro lo constituyen cuatro galerías. En la que está la sala capitular y parte de la inmediata parece fueron construidas a expensas de Sancho el Fuerte, y las restantes por el abad D. Pedro de Eraso, edificándose el sobreclaustro en 1526. Las primorosas arcadas, sus caladas ojivas son esbeltas y admirables y los capiteles, así como los trepados y follajes están esculpidos con delicado gusto artístico.

El monasterio de La Oliva sufrió bastante con las guerras pasadas. En los días de la revolución francesa, sirvió de refugio a sacerdotes y religiosos franceses. En la guerra con Francia sirvió de hospital de sangre, siendo sus celdas, salas y otras dependencias convertidas en cuadras o dormitorios y los claustros en almacén de fusiles, mochilas y diferentes efectos. La comunidad se instaló miserablemente, tapiando puertas e incomunicándose del hospital. Poco después la desamortización concluyó con aquel venerando cenobio.

Menos mal que Navarra ha sabido salvar de su total ruina, restaurándolo y cediéndola a la orden religiosa que le corresponde, la cual sabe llevar con acierto la restauración completa de este monumento nacional.

Carcastillo es la villa que tiene la dicha de albergar en su jurisdicción a este célebre monasterio real, consagrado como todos los cistercienses a la Madre del Redentor. Esta importante villa es la más septentrional de su partido judicial de Tudela, en la orilla izquierda del río Aragón. Del barranco de Arras, desciende un curso de agua intermitente, pero caudaloso en invierno. Su orografía puede concretarse al monte y bosque de Larrate, de importante extensión. La Villa cuenta con calles y diversas plazas, escuelas, frontón, buenos edificios y casas solariegas que acreditan su importancia.

La producción importante se basa en los cereales, resultando el granero de Navarra. Se cultivan olivares, legumbres, hortalizas y toda clase de frutos exquisitos, pero ninguno rivaliza con la superioridad y abundancia de sus trigos y cebadas.

En sus fiestas patronales no faltan las célebres vaquillas, imprescindibles de toda población navarra y la hospitalidad y alegría son los marcos que mejor adornan a la vieja Carcastillo.